

# Zoraida

[Poema - Texto completo.]

José Gautier Benítez

En gótica estrecha torre  
que el agua del Tajo baña,  
y que un peñasco domina,  
como lúgubre fantasma  
que en triste noche de insomnio  
evoca tímida el alma,  
sin pajes y sin doncellas,  
sin juglares y sin zambras,  
separada de Toledo,  
gime la bella Zoraida,  
porque dejó que en su rostro  
fijase ardiente mirada  
el jefe de los donceles,  
el capitán de la guardia,  
el del la blanca garzota,  
y la corva cimitarra.

El orgulloso africano  
que de insensible hace gala,  
y es severo con los hombres  
y severo con las damas.

El que desprecia las sedas  
y los perfumes de Arabia  
el que asiste a los festines  
como asiste a las batallas,  
y al lado de los caftanes  
y las túnicas bordadas,  
los encajes y las cintas,  
lleva la cota acerada,  
lleva la blanca garzota  
y la corva cimitarra.

Mas, ¡ah!, contra amor no valen  
las armas mejor templadas,  
ni hay guerrero que resista  
la fuerza de una mirada  
que penetra por los ojos  
y se apodera del alma,

y por eso... en los jardines  
del palacio de Galiana,  
cayó una noche, rendido  
de hinojos ante Zoraida  
el jefe de los donceles,  
el capitán de la guardia,  
el de la blanca garzota  
y la corva cimitarra.

Nada valió su cariño,  
su pasión inmensa, nada.  
No se apiadó de su pena  
la bellísima Zoraida.

¿Qué le importaba a la hermosa  
que la Corte festejaba,  
que la amase con delirio  
el capitán de la guardia?

Mas iba pasando el tiempo  
en dulce apacible calma;  
si Zoraida no accedía  
ya su altivez no era tanta,  
ni tan esquivo su acento  
ni tan glacial su mirada,  
y por eso... en una torre  
que el agua del Tajo baña,  
separada de Toledo  
gime la bella Zoraida.

Pero es el amor un árbol  
de floescencia tan grata,  
que al brotar del corazón  
nuestra existencia embalsama.  
Es un prisma delicado  
y a su través, en bonanza,  
se ven cruzar de la vida  
las dolorosas estancias,  
arrulladas dulcemente  
al soplo de la esperanza.

Y nada vale la fuerza,  
y los obstáculos nada;  
no caben ajenas leyes  
en el imperio del alma,  
porque el amor combatido  
y en lucha con la desgracia,  
es impetuoso torrente  
que al final de su jornada,

al hallar modesto dique  
cortando su rauda marcha,  
parece duda un momento,  
riza la espuma nevada,  
en sí mismo se revuelve,  
junta sus aguas... y salta.

Así pensaba una noche,  
noche lóbrega, enlutada,  
el jefe de los donceles,  
el capitán de la guardia,  
el de la blanca garzota  
y la corva cimitarra.

Y animándose de pronto  
su antes lánguida mirada,  
por una escala secreta  
bajó rápido a la cuadra,  
tomó su negro corcel  
de los desiertos de Arabia,  
y al dejar la población  
a todo escape se lanza.

Salvando riscos y peñas  
el noble bruto volaba,  
y el capitán impaciente  
más agujaba su marcha,  
sin detener su carrera  
frenética, desalada,  
hasta llegar a la torre  
que el agua del Tajo baña.

Allí, apoyado en un muro,  
fija en la estrecha ventana  
una mirada, en que envía  
todo el amor de su alma,  
y vio la sombra de un bulto  
tras la cortina de gasa,  
y muriendo de emoción  
le dirige estas palabras:

“Luz y encanto de mi vida,  
mi bellísima Zoraida,  
paloma de blancas plumas,  
tórtola que triste cantas.  
De Damanhur fresco lirio,  
de Ceilán perla preciada,  
no me olvides, no me olvides,  
hurí que del cielo faltas,

y ten, nevada gacela,  
en Dios y en mí confianza.

Yo sé que no necesitas  
para amarme, mi Zoraida,  
que me presente a tus ojos  
cubierto de ricas galas,  
pues no se compran con oro  
los sentimientos del alma.  
Pero ¡ah!, mi bien, que no piensan  
como tú los que te guardan.

Mas... le arrancaré al destino,  
en generosa demanda,  
coronas para tu frente,  
perlas para tu garganta,  
para tu cintura chales,  
y alfombras para tus plantas;  
y volveré, vida mía,  
pero con riqueza tanta,  
que no ofenderá mi orgullo  
quien de mis brazos te arranca”.

Callóse aquí el caballero,  
se agitó la leve gasa,  
y asomóse al ajimez  
la bellísima Zoraida;  
y vio que en negro corcel  
sobre Toledo adelanta  
el jefe de los donceles,  
el capitán de la guardia,  
el de la blanca garzota  
y la corva cimitarra.